

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los efectos atotonacantes del eclipse

Autor: Limón Olvera, Silvia

Forma sugerida de citar: Limón, S. (1991). Los efectos atotonacantes del eclipse. *Cuadernos Americanos*, 3(27), 27-33.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS EFECTOS ATOTONACANTES DEL ECLIPSE

Por *Silvia* LIMÓN OLVERA
CCYDEL. UNAM

EN LAS *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*¹ Chimalpahin relata, en diversas ocasiones, uno de los acontecimientos astronómicos que más han atraído y, simultáneamente, aterrorizado al hombre: el eclipse solar. Aunque este hecho en sí mismo resulta de gran importancia, el eclipse al que nos referiremos cobra todavía mayor relevancia debido a las asociaciones que dicho autor señala, así como a las relaciones que podemos establecer con las circunstancias por las que atravesamos hoy en día. Es necesario hacer hincapié en que no pretendemos dar una visión astrológica del asunto, ni mucho menos considerar a la historia como una repetición cíclica de los acontecimientos. Sin embargo, los hechos que enseguida presentaremos pueden ayudarnos a reflexionar sobre nuestro momento actual, sobre todo si consideramos que la historia puede proporcionarnos alguna enseñanza, o bien que el intentar comprender acontecimientos del pasado constituye un pretexto para abordar indirectamente nuestra propia problemática.

En primer lugar, es pertinente apuntar que los eclipses solares debieron de provocar, sin lugar a dudas, consternación y horror a los pobladores de Mesoamérica, razón por la cual fueron consignados en códices o transmitidos, de generación en generación, por medio de la tradición oral. Según algunas crónicas del siglo XVI, era motivo de gran temor, para los antiguos pobladores, el ver que el sol era “comido por algún jaguar”, es decir, opacado por otro

¹ Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlhuantzin, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, paleografía, traducción del náhuatl e introducción de Silvia Rendón, prefacio de Ángel Ma. Garibay K., México, FCE, 1982 (*Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena*).

cuerpo celeste. A este respecto Bernardino de Sahagún, con base en sus informantes indígenas, escribe lo siguiente:

Cuando se eclipsa el sol parece colorado, parece que se desasosiega o que se turba el sol, o se remece, o revuelve, y amarillécese mucho. Cuando (esto) ve la gente luego se alborota y tómales gran temor, y luego las mujeres lloran a voces y los hombres dan grita, hiriendo las bocas con las manos; y en todas partes se daban grandes voces y alaridos, y luego buscaban hombres de cabellos blancos y caras blancas, y los sacrificaban al sol. . .

Y decían, si del todo se acababa de eclipsar el sol: "nunca más alumbrará, ponerse han perpetuas tinieblas y descenderán los demonios y vendránnos a comer".²

Las consideraciones anteriores tienen su fundamento en que el sol, astro de primera importancia pues entre otras cosas marca la diferencia entre el día y la noche, desempeñaba una labor básica en la naturaleza, puesto que además de iluminar la parte intermedia del cosmos para hacer posible la vida del hombre era, junto con la lluvia, el principal responsable de la agricultura, actividad que constituía la base económica de estos pueblos.

Dentro de la cosmovisión náhuatl, el sol realizaba un diario recorrido desde que surgía por el este hasta que desaparecía por el occidente, momento en que era tragado por el monstruo de la tierra para poder continuar su trayectoria por el inframundo. De acuerdo con los mexicas, el sol debía enfrentarse diariamente en una lucha con los astros nocturnos; si en ella resultaba vencedor, podría volver a salir por el oriente, pero si, por el contrario, era vencido, sus rayos no volverían a iluminar, a calentar ni a fecundar la superficie de la tierra, con fatales consecuencias para el hombre, pues imperarían la oscuridad, el frío y finalmente la muerte. Para evitar el caos, el Estado mexica, en tanto que se sentía el responsable del equilibrio del cosmos, promovía una serie de ritos orientados a fortalecer al sol. A través de ellos se le proporcionaba su alimento característico, es decir, la sangre y los corazones humanos obtenidos de los cautivos de guerra.

Como los eclipses solares no constituyen un fenómeno natural consuetudinario sino eventual, y con base en las concepciones que

² Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, anot. y apénd. de Ángel Ma. Garibay K., 4a. ed., 4 vols., México, Porrúa, 1981 (*Biblioteca Porrúa*, 8, 9, 10 y 11), vol. II, pp. 257 y 258.

imperaban en el valle de México antes de la llegada de los españoles, es posible entrever el miedo que debieron de haber experimentado los pobladores al observar que el ciclo solar diario era interrumpido, momentáneamente, por una pequeña noche que se interponía en medio del día. Chimalpahin es muy explícito cuando, al referirse al eclipse de 1476, expresa lo siguiente:

. . . también en este año hubo eclipse de sol, a tal punto que sólo un pedacito quedó. Brillaron las estrellas y por este motivo hubo gran pavor.³

Y en su séptima relación añade:

También entonces ocurrió un eclipse de sol en que casi éste desapareció. Las estrellas pudieron verse y la gente tuvo grandísimo espanto.⁴

Por otra parte, cabe mencionar que los eclipses fueron considerados, al menos en el altiplano central, como los causantes de determinadas catástrofes, por ejemplo varios temblores que provocaron múltiples desgracias. En realidad, ambos fenómenos naturales no guardan una relación directa entre sí, sobre todo si tomamos en cuenta que en la región aquí referida son comunes los movimientos telúricos debido a la formación geológica. No obstante, en la época prehispánica predominó la creencia de que el eclipse de sol era el responsable de los reacomodos de la corteza terrestre, y de otros males, entre ellos, el labio leporino en los niños si, durante su gestación, la madre miraba el sol sin tomar las precauciones necesarias;⁵ también se menciona la aparición de fantasmas y malos aires que causaban diversos daños a la población.

Chimalpahin relata en su tercera Relación que en 1492, año indígena de 13-Pedernal, ocurrió un eclipse que dio lugar a diversas desgracias como el derrumbe del cerro Ixmatlaltzin, ubicado entre el Ixtaccíhuatl y el Popocatepetl, y la aparición de “bestias salvajes” que devoraron gran cantidad de niños pequeños. Sin embargo, el principal padecimiento que supuestamente provocó el mencionado acontecimiento astronómico fue una hambruna generalizada que obligó a que la gente del valle de Anáhuac se “ato-

³ Chimalpahin, *op. cit.*, Sexta Relación, p. 157.

⁴ *Ibid.*, Séptima Relación, p. 209.

⁵ Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, vol. II, p. 34.

tonacara”, según la transcripción literal de la fuente, “en razón de que iban a traer maíz allá a Cuextlan”.⁶

Esta referencia, que a primera vista puede resultar enigmática, queda plenamente aclarada cuando la tercera y séptima relaciones se refieren a la fuerte sequía, con la consecuente escasez de alimentos, que asoló la zona aquí referida, de 1451 a 1454, padecimiento que tuvo lugar durante el gobierno del *huey tlatoani* Moctezuma Ilhuicamina.

A pesar de que los mexicas recibían como tributo, de diferentes pueblos conquistados, grandes cantidades de granos que eran guardados en los almacenes reales, cualquier sequía prolongada traía fatales resultados, debido a que la agricultura era la base de la economía y el sistema de temporal el predominante; por otra parte, los alimentos almacenados por el Estado no alcanzaban para todos durante tanto tiempo.

Así pues, para 1454, cuarto año de la escasez de lluvia, y como consecuencia de la falta de producción de alimentos, fundamentalmente en la cuenca de México, los tenochcas se vieron en la necesidad de venderse a sí mismos como esclavos a los totonacas, es decir, se “atotonacaron” con el objeto de conseguir el tan preciado alimento, el sustento mesoamericano por antonomasia: el maíz. También se menciona que la gente “se aconejó”, puesto que 1454 corresponde al año indígena de 1-Conejo. El drama de este acontecimiento es narrado por Chimalpahin de la siguiente manera:

1454 año 1-Conejo. Fue en este año cuando se decía “la gente se aconejó”, según los antiguos, por los cuatro en éste (sic), en que no hubo nada que comer. Por eso aún los antiguos mexicas se vendieron. Los árboles dichos “Palo Ancho” y “Palo Amarillo” eran traídos a todos los pueblos (como alimento). Murió cantidad de gente por todas partes de la Tierra y mucho se padeció por la agresividad de las fieras y los buitres carnívoros. También por indicar “la gente se aconejó”, se decía de esta otra manera: “la gente se volvió totonaca”, debido a que los totonacas compraban con maíz a los mexicas; allá en Cuextlan iban a venderse los mexicas a cambio de maíz; mientras llovía, este fue moneda corriente.⁷

A pesar de los esfuerzos de los sacerdotes encargados de organizar y dirigir las ceremonias a los dioses de la lluvia y la agricultura,

⁶ Chimalpahin, *op. cit.*, p. 113.

⁷ *Ibid.*, pp. 99-100.

en esos años de sequía devastadora pareció haberse interrumpido la comunicación entre las deidades y los emisarios del pueblo. Por

en términos mundanos, se tradujo en un fuerte desempleo en los trabajadores del campo, tanto de aquéllos a quienes correspondía una parcela para su sustento en su *calpulli*, como de quienes, al carecer de ella, se veían obligados a rentar terrenos del Estado o de tierras comunales. Asimismo, debido a la carencia de agua, la producción agrícola fue disminuyendo de manera alarmante hasta desaparecer. Fue entonces cuando se tuvo que echar mano de los granos recaudados por tributo y almacenados en las bodegas del Estado. Pero es lógico pensar que en el reparto de estas reservas tenían prioridad los miembros del grupo dominante, con el objeto de asegurar su continuidad y preeminencia.

Debido a la impotencia de Moctezuma Ilhuicamina para remediar la grave situación por la que pasaba su pueblo, se permitió a los súbditos ir a otras regiones —especialmente a la fértil zona totonaca que no fue afectada por la sequía— para conseguir su propio sustento a cambio de su libertad. Sin embargo, al darse cuenta de que muchos tenochcas se vendían como esclavos, es decir, se “atotonacaban” por el alimento de dos o tres días, en algo así como la vía *fast track*, el *huey tlatoni* impuso una medida social que, extrañamente para muchos gobernantes, implicaba una valoración de la masa de la población o macehuales. Dicha “ordenanza” establecía que los mexicas, a diferencia de los braceros actuales, no debían malbaratarse a sí mismos, por lo tanto, ninguna mujer podía venderse por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz y los hombres por no menos de quinientas.*

En razón de la experiencia vivida por la sequía y las fatales consecuencias sociales, en este mismo año, y bajo la dirección del sabio Nezahualcóyotl de Texcoco, se inició la construcción del acueducto que llevaría agua potable de Chapultepec a Tenochtitlan, con el objeto de proveer del preciado líquido a la entonces metrópoli más poderosa de Mesoamérica. Tiempo después, Ahuitzotl ordenó realizar las obras necesarias para alimentar a la laguna de Texcoco con las aguas de una fuente de Huitzilopochco. Empero, al poco tiempo el agua fue restituida a su antiguo cauce, debido a que provocó una fuerte inundación en la capital.

* Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, 6a. ed., prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1979 (*Sean cuántos*. . . . 29), p. 109.

No obstante la riqueza de los mexicas obtenida por tributo, y las medidas adoptadas por los gobernantes para asegurar hasta donde fuera posible el abastecimiento de agua a la ciudad, la catástrofe por sequía se volvió a repetir con el eclipse de 1492. Para este caso, las fuentes de información no se muestran tan explícitas como lo son para la crisis de 1454, puesto que dicha situación, con todas sus implicaciones, es resumida con el término de “atotonamiento”. Por otra parte, es probable que la medida de “protección” al pueblo, dictada por Moctezuma el Viejo, también haya sido aplicada en esta nueva ocasión en que los tenochcas se vieron, nuevamente, obligados a venderse a los totonacas por la escasez de alimentos en su propia zona.

A casi quinientos años de los hechos aquí narrados, y en vísperas de un nuevo eclipse, es necesario ponernos a reflexionar en torno a las circunstancias por las que estamos atravesando. En primer lugar, una fuerte crisis económica de la que, según dicen algunos, ya estamos de salida, aunque en realidad no se vislumbren resultados concretos: el poder adquisitivo lejos de recuperarse continúa en descenso, lo cual ha provocado en los últimos años un estancamiento en la circulación de capital que afecta a la producción. Ésta, por su parte, se lleva a cabo en una planta industrial poco eficaz que se alimenta con máquinas de desecho de los países desarrollados. La generación de nuevas fuentes de trabajo no sólo se encuentra congelada, sino que por medio de diversos tipos de recortes —que incluyen los bajísimos salarios en varios sectores— se ha provocado un gran desempleo. Por todo ello, parecería que nuevamente los dioses —pero ahora los del neoliberalismo— han cerrado sus oídos a las peticiones de los emisarios del pueblo negándole su bienestar. Actualmente estamos muy lejos de las épocas en que el *tlatoani*, en tiempos difíciles, llegaba a mostrar su liberalidad y abría sus almacenes de tributos para paliar el malestar de la población, sino que, por el contrario, las exigencias tributarias han ido en aumento.

La fuerte sequía, que de acuerdo con los antiguos estaría provocada por el próximo eclipse, agrava el problema de la contaminación, producto corriente de la “modernidad” y de una filosofía que ha promovido tanto la explotación irracional como el ataque a la naturaleza.

Asimismo, la escasez de lluvia dificulta el logro de las cosechas de alimentos, los cuales de por sí resultan insuficientes en años de adecuadas condiciones meteorológicas. A este respecto hay que se-

ñalar que, hoy en día, gran parte de la agricultura en nuestro país sigue siendo de temporal. Dicha situación, agravada por otros factores, hace poco rentable y atractivo el ser agricultor. En este rubro habría que agregar los enormes contingentes de campesinos que, en busca de mejores condiciones, se han trasladado a la capital, abandonando sus antiguas tierras, para vender toda clase de “chucherías” y “antojitos” (vía economía subterránea) en lo que otrora fueran limpios canales por donde circulaban las canoas. Algunos miembros de la sociedad han escogido emigrar hacia el norte, y no precisamente a la que fuera la zona totonaca, ni tampoco a conseguir maíz como en épocas pasadas, y ahora, por lo demás, sin ningún edicto que muestre el valor que cada individuo tiene para el país.

Los tenochcas, a partir de la guerra contra Azcapotzalco en 1428, iniciaron una carrera expansionista a través de conquistas, que les permitieron encumbrarse como el pueblo más rico de Mesoamérica. Sin embargo, a pesar de su poderío, los mexicas se veían en serios problemas cada vez que se enfrentaban a una crisis económica. Por el contrario, casi al filo del siglo XXI, México no sólo está lejos de ser un país desarrollado, sino que además está agobiado por una pesada deuda externa que ha limitado su crecimiento y ha generado cada vez más pobreza.

Ante este panorama actual —que debido a falta de espacio no hemos abordado en su totalidad— tenemos a las puertas un Tratado Trilateral de Libre Comercio, con dos potencias mundiales con las que queremos competir y, sin embargo, estamos muy lejos de igualarnos en múltiples aspectos. Del Tratado esperamos que nos traiga la solución a nuestros problemas como “maná” caído del cielo o enviado por los dioses. Pero esto parece indicar que no se ha reparado lo suficiente en lo que será el costo para el país y la población. Por todo lo anterior surge inminente la pregunta: ¿los mexicanos nos volveremos a atotonacar?